

INTERROGANDO EL CONCEPTO DE ESTEREOTIPO Y SU USO EN LAS CIENCIAS SOCIALES EN RELACIÓN CON EL FENÓMENO DEL RACISMO*

INTERROGATING THE CONCEPT OF STEREOTYPING AND ITS USE IN SOCIAL SCIENCES IN RELATION TO THE PHENOMENON OF RACISM

MARÍA EMILIA TIJOUX**, CONSTANZA AMBIADO***, VÍCTOR VELOSO LUARTE****, CHANTAL CLERC SOTO*****, CATALINA OSORIO LAVÍN*****

RESUMEN: Desde principios del siglo XX y hasta el día de hoy, el concepto de estereotipo ha sido frecuentemente utilizado en estudios académicos sobre racismo y discriminación, sin embargo, en el transcurso del tiempo su uso se ha abierto a distintas tradiciones disciplinares, ha alcanzado distintas definiciones, ha permeado al sentido común, y en algunos casos ha sido utilizado sin que se profundice en su conceptualización. Esto obliga a mantener una actitud de vigilancia epistemológica ante la posibilidad de que el uso del concepto de estereotipo se mantenga en el nivel de una sociología espontánea, sea acrítico o caiga en el metodologismo. Aquí buscamos interrogar teórica, histórica y metodológicamente el concepto de estereotipo en investigaciones que se realizan en instituciones de educación superior desde dicho concepto, mediante un análisis sistemático de artículos que trabajan este problema. Sobre este análisis, se reflexiona críticamente en torno a la conceptualización del estereotipo, a las condiciones históricas en que emergen su forma y contenidos, y al riesgo del metodologismo, para

* Este trabajo es resultado de la investigación interdisciplinaria realizada en el marco del Proyecto Anillos PIA SOC180008, titulado “Migraciones contemporáneas en Chile. Desafíos para la democracia, ciudadanía global y acceso a derechos no discriminatorios”.

** Doctora en Sociología. Académica de la Universidad de Chile, Santiago, Chile. Correo electrónico emiliatijoux@uchile.cl. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-2870-212X>

*** Historiadora. Equipo de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, en la línea “Prácticas y manifestaciones del racismo” del Proyecto ANID PIA SOC180008, Santiago, Chile. Correo electrónico: constanza.ambiado@uchile.cl. Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-8626-280X>

**** Magíster en Filosofía. Equipo de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, en la línea “Prácticas y manifestaciones del racismo” del Proyecto ANID PIA SOC180008, Santiago, Chile. Correo electrónico: victor.veloso@ug.uchile.cl. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-6869-9917>

***** Socióloga. Equipo de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, en la línea “Prácticas y manifestaciones del racismo” del Proyecto ANID PIA SOC180008, Santiago, Chile. Correo electrónico: chantal.clerc.s@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-5983-2739>

***** Socióloga. Equipo de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, en la línea “Prácticas y manifestaciones del racismo” del Proyecto ANID PIA SOC180008, Santiago, Chile. Correo electrónico: marraqueta@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-8665-4923>

concluir sobre la relevancia de vigilar el uso de conceptos en aras de no reproducir el racismo académico.

PALABRAS CLAVE: estereotipos, racismo, vigilancia epistemológica, racismo académico

ABSTRACT: Since the beginning of the 20th century and up to the present day, the concept of stereotype has been frequently used in academic studies on racism and discrimination; however, over the course of time its use has opened up to different disciplinary traditions, it has reached different definitions, it has permeated common sense, and in some cases it has been used without deepening on its conceptualization. This obliges us to maintain an attitude of epistemological vigilance against the possibility that the use of the concept of stereotype remains at the level of a spontaneous sociology, it is uncritical or it falls into methodologism. Here we seek to interrogate the concept of stereotype, theoretically, historically and methodologically by reviewing studies carried out at higher education institutions from this concept, through a systematic analysis of articles that work on this problem. Based on this analysis, we critically reflect on the conceptualization of stereotype, the historical conditions in which its form and contents emerge, and the risk of methodologism, to conclude on the relevance of monitoring the use of concepts in order not to reproduce academic racism.

KEYWORDS: stereotypes, racism, epistemological vigilance, academic racism

Recibido: 20.12.2021. Aceptado: 23.08.2022.

INTRODUCCIÓN

LA PREOCUPACIÓN POR las relaciones inter “raciales” ha estado presente en las ciencias sociales desde inicios del siglo XX, con las avanzadas nacionalistas y fascistas del período. Entre los conceptos más usados para trabajar dichas relaciones está el de “estereotipo”, palabra que originalmente designaba una placa de metal usada en el rubro de la imprenta en el S. XVIII, que implicó un relevante salto tecnológico para la reproducción de textos e imágenes de bajo costo en tiempo y dinero. En 1922 el periodista Walter Lippmann (cf. 1965) toma esta palabra y la usa en el conocido texto *La Opinión Pública*, para reflexionar sobre las imágenes mentales en las sociedades de información de masas. Diversos estudios sobre los estereotipos han recurrido a Lippmann como antecedente teórico, entre los cuales destaca el trabajo de Katz y Braly en 1933, que tomó solo una de las dimensiones del concepto: la imagen mental, que ha sido de amplia difusión y que releva la naturaleza errónea o falsa respecto a la realidad (Mackie, 1973). El estereotipo también ha sido abordado en su vínculo con conceptos como prejuicio y discriminación para considerarlo como contenido cognitivo de un esquema de disposiciones donde termina por volverse un predictor de la acción discriminatoria (González, 1999). Han existido variadas formas

de definir el concepto de “estereotipo”, las que no siempre son convergentes y demandan mayor profundización, con lo que al detenernos en su formulación teórica, este concepto resulta ambiguo, indeterminado y de límites borrosos. De este modo, vemos que el “estereotipo” se define y se redefine según los contextos de aplicación y los campos disciplinarios desde donde se lo usa –principalmente desde la psicología social y la sociología–, lo que hace complejo a veces reconocer su lazo con conceptos como representación, prejuicio, imaginario o creencia. En muchas ocasiones el estereotipo se presenta como un concepto ya dado, es decir, sin mayor problematización ni reformulaciones teóricas sobre la pertinencia de su uso o de sus opciones investigativas. Para algunos autores dicha ambigüedad proviene tanto de la indefinición transmitida por la amplitud del concepto generado por Lippman, como por el uso irreflexivo que se le ha dado en las ciencias sociales (Mackie, 1973; Cano, 1993, Pennington et al., 2016).

A efectos de este artículo en particular, nos centraremos en el núcleo de la definición de estereotipo de Lippmann como una “imagen en nuestra cabeza”, la cual ha servido para pensar en cómo se construye socialmente la figura de una persona a partir de rasgos que no coinciden con el acuerdo social para su aceptación, sean corporales, mentales, sexuales, o atados a la nacionalidad. Vale destacar que una “imagen mental” no surge en la inmediatez de una interacción social, sino que proviene de lo que los sujetos han incorporado en su educación y el medio social del cual provienen para categorizar a un individuo o a un grupo desde “ideas” socialmente construidas que tienen sobre ellos efectos negativos. Así, el estereotipo sería anterior a la experiencia que nos hacemos del mundo, y por eso tiene mucha utilidad para construir creencias, como aquellas atadas al racismo o al fascismo asociadas al odio construido previamente desde prejuicios. En esta línea, Espinosa y Cueto (2014) han demostrado, desde la psicología social, los efectos psíquicos y sociales de los estereotipos raciales, subrayando así su impacto en las relaciones sociales, económicas, identitarias, que afectan negativamente la vida de las personas que son objeto de estereotipos. Por su parte, Balibar (1991a) ha señalado que, entre otros elementos, una “red de estereotipos afectivos” produce tanto a la comunidad racista –es decir, a los nacionales que erigen una distinción moral respecto de los no-nacionales– como obliga a los(as) racializados(as) a percibirse como comunidad, señalando la imbricación íntima entre el racismo y sus estereotipos (Balibar, 1991b). Así mismo, Le Breton (2021) define el “imaginario racista” por una serie de estereotipos que modulan la sensibilidad para poner en relación rasgos físicos con juicios morales.

Balibar (1991a) ha insistido en que hoy el racismo no se relaciona necesariamente con la idea decimonónica de “raza”, sino con una supuesta “irreductibilidad de las diferencias culturales” que ve al otro, si no como inferior, al menos como incompatible con un “nosotros” ficticio (p. 37). En ese marco, los migrantes son las nuevas víctimas del racismo. Es en torno a los estereotipos sobre los migrantes que este artículo sostiene que el estereotipo contribuye y participa del proceso de racialización, clasificando y jerarquizando moralmente a distintos grupos, por lo que las investigaciones en ciencias sociales debieran evitar la estereotipación. La “raza” no tiene realidad biológica, por lo que es gracias a las relaciones racializantes que ella se construye y adquiere significado hasta volverse significativa: al racializar se construyen las figuras del pensamiento racial (Taguieff, 2008). Así, vemos que la racialización se nutre de clasificaciones provenientes de los estereotipos, y viceversa. Por lo tanto, para capturar los entramados de la racialización, es preciso observar los encuentros y las relaciones sociales donde este proceso se produce, lo cual obliga a resituar los estereotipos como efectos de relaciones sociales reales. La relación entre racismo y estereotipos obliga a las investigaciones a mantener una atenta actitud de vigilancia epistemológica, es decir, de cuidado sobre la distinción y articulación entre teoría, epistemología, y metodología, momentos que están necesariamente en diálogo (Bourdieu et al., 2002). Esto llama a observar, en aras de su crítica, cómo el uso teórico del concepto de estereotipo es articulado con metodologías y epistemologías.

Los obstáculos epistemológicos que enfrenta una investigación científica son diversos. No solo se trata del descuido teórico y metodológico frente a un sentido común racista. Sobreestimar el método para tratarlo como una receta no conjura el racismo; a la vez, se puede ceder al uso de conceptos cuyo sentido ya ha sido sedimentado, subordinando la reflexión crítica a la tradición teórica ya establecida, que ha borrado de su reflexión a grupos y saberes oprimidos. Ante el sentido común, el metodologismo, y la ausencia de crítica en el uso de conceptos, se debe mantener vigilante una investigación que reconozca el carácter histórico, social y político tanto de los objetos de investigación como de los aparatos conceptuales y metodológicos con que estos objetos son producidos por la investigación (Horkheimer, 2003).

En el presente artículo buscamos interrogar teórica, histórica y metodológicamente el concepto de estereotipo, para lo cual se revisará su uso y su operacionalización en investigaciones que abordan los estereotipos sobre personas o grupos racializados en instituciones de educación superior

(IES). Esto nos permitirá luego reflexionar sobre el lugar que han tenido y tienen las universidades y centros de producción en lo que atañe a la reproducción del racismo en sociedades poscoloniales como la chilena.

Para ello, nos detendremos en los resultados y en la discusión de una revisión bibliográfica de artículos que recurren a los estereotipos de raza y migración que poseen estudiantes universitarios a nivel global, aunque gran parte de la producción académica se concentra en los tradicionales polos industriales, Estados Unidos y Europa, con una presencia menor pero aún significativa de publicaciones en América Latina.

La discusión de los resultados nos condujo a preguntarnos por el uso y los abusos del concepto estereotipo en la investigación sobre las personas racializadas, así como en los límites de las consideraciones puramente cognitivas o individualistas del concepto, para terminar preguntándonos por la fuerza moral que está detrás de la investigación académica y hasta qué punto nuestro quehacer influye en las formas en que se piensa o se niega la presencia de lo racializado en las sociedades actuales.

METODOLOGÍA

La crítica del concepto estereotipo se sostiene a partir de un análisis sistemático de material bibliográfico sobre artículos que investigan los estereotipos sobre raza y migración que poseen estudiantes universitarios de diversas carreras a nivel global, el cual se realiza siguiendo la vigilancia epistemológica que Bourdieu et al. (2002) proponen desde el concepto de ruptura epistemológica como condición de posibilidad de la construcción de un objeto científico comprobable. Se opta por este corpus pues a la vez que articula la idea de estereotipo y racismo, permite observar de manera particular cómo la investigación académica puede diagnosticar su propio espacio: si no se logra romper con la sociología espontánea del sentido común, la investigación termina por reproducir el racismo que estudia, antes que comprendiéndolo.

El propósito de la técnica de investigación escogida ha sido recolectar evidencia empírica sobre la temática elegida desde criterios previamente definidos, con el objetivo de describir y analizar la producción científica sobre un campo de estudio determinado (Antman, 1922; Oxman, 1993, citados en Higgins y Green, 2011). El enfoque metodológico fue cuantitativo, y permitió cuantificar y combinar las distintas variables construidas para el análisis de los artículos (Beltrán, 2005). Sobre estos resultados y la lectura

del *corpus* de artículos, elaboramos una reflexión crítica que busca vigilar el error al que conduce no lograr una ruptura epistemológica respecto del sentido común.

Para asegurar una revisión exhaustiva con el menor sesgo posible (Tórreres-Fonseca y López-Hernández, 2014), se analizaron artículos indexados de fuente primaria en las bases de datos Web of Science, Scopus, Google Scholar y Redalyc. Para buscar los artículos seleccionados se cruzaron los conceptos “stereotype”, “university” y “students” en los idiomas español, inglés y portugués en cada uno de los repositorios señalados. Se encontraron más de 300 artículos, y se construyó una base de datos inicial.

Sobre dicha base de datos se revisaron tanto las características generales de publicación de cada artículo como sus resúmenes, y se aplicaron diversos criterios de selección y filtro. Entre ellos, los siguientes: 1) artículos publicados entre los años 2000 y 2021; 2) que los estudios fuesen realizados en instituciones de educación superior; 3) que tuvieran por temática los estereotipos sobre personas o grupos racializados, entre los cuales los textos encontrados se referían a estos como: migrantes, latinos, afrodescendientes, indígenas y/o asiáticos; 4) que estuviesen centrados en los estereotipos que poseen particularmente los estudiantes universitarios; 5) que su idioma de publicación fuese español o inglés. Estos criterios de selección permitieron acotar el análisis a un cuerpo textual actualizado que contempló un total de 70 artículos indexados.

RESULTADOS

Los artículos seleccionados fueron revisados desde diversos indicadores de análisis, principalmente relacionados con la perspectiva teórica desde la que se aborda el concepto de estereotipo, la perspectiva histórica sobre la que se enmarca el estudio y las metodologías de investigación utilizadas. Sobre la base de dicho análisis se propone una reflexión crítica que pretende llamar la atención sobre la vigilancia epistemológica al momento del uso de la noción de estereotipo.

Análisis sobre la perspectiva teórica de los estereotipos

Parte de la complejidad del concepto estereotipo es que proviene y se usa frecuentemente en el lenguaje ordinario, por lo cual una sociología crítica debería estar atenta a su uso en la investigación. Aunque a veces se investi-

ga desde conceptos que son nociones comunes, o palabras que pueden ser útiles porque son transformadas en conceptos mirando la realidad, se debe tener cuidado con este uso, pues la falta de detención de la producción académica analizada en una definición analítica y teóricamente sustantiva del concepto estereotipo, corre el peligro de obviar y naturalizar su uso espontáneo, haciendo del estereotipo una “prenoción” antes que un “concepto”. Bourdieu et al. (2002) reconocen que una “sociología espontánea” surge en el sentido común, como una producción política que, aunque no deliberadamente, termina por legitimar el orden.

En los estudios revisados durante la búsqueda bibliográfica, 34 de los artículos se detienen en una definición teórica del concepto estereotipo, siendo este concepto central para el análisis desplegado en los artículos, mientras que 36 de ellos no desarrollan una noción de estereotipo, omitiendo todo señalamiento teórico en base a autores o a propuestas innovadoras, sin entregar una definición clara sobre el concepto. En ese sentido, observamos que poco más de la mitad de los artículos no profundizaron en las implicancias del concepto, tanto desde la reproducción de estereotipos en la propia investigación, como en las consecuencias sociales y estructurales que pudieran causar en la relación entre los diferentes grupos estudiados. Los estereotipos eran solo herramientas descriptivas de una idea repetitiva y consensuada entre los estudiantes universitarios consultados; en muchos casos se tomaba por estereotipo aquella idea repetida sobre un grupo por un porcentaje de estudiantes, sin mayor reflexión. En otros casos, se utilizaban algunas características como estereotipos para calcular qué tan acertados eran sobre tal o cual grupo. Como veremos luego, existe cierta inercia en los estudios académicos que contribuye al uso acrítico de categorías descriptivas del sentido común. Sin embargo, el recurso acrítico a la tradición teórica puede terminar por obstaculizar una ruptura epistemológica respecto del sentido común. Bourdieu et al. (2002) sostendrán que la ruptura con la tradición “no es más que un caso particular de la ruptura con la sociología espontánea: en efecto, cada sociólogo debe tener en cuenta los supuestos científicos que amenazan con imponerle sus problemáticas, sus temáticas, y sus esquemas de pensamiento” (p. 48). Así, es necesario el diálogo entre el concepto de estereotipo con su crítica sociológica para no ceder a la naturalización de sentidos comunes, sean académicos o no.

Esto hace necesario realizar una revisión de antecedentes teóricos sobre cómo se ha comprendido la relación entre el estereotipo y la realidad social, para situar el marco al que en general recurren los estudios analizados. González (1999) ha sostenido que tradicionalmente se reconocen tres perspectivas teóricas en los estudios de estereotipos: la psicoanalítica que los ve

como la “satisfacción de necesidades inconscientes”; la sociocognitiva, para la cual los estereotipos son “asociaciones entre unos atributos determinados y unos grupos también determinados”; y la sociocultural, para la cual “surgen del medio social y su función es ayudar al individuo a ajustarse a unas normas sociales” (p. 80). Vale subrayar que las dos primeras líneas de trabajo son evidentes posturas de carácter transhistórico que pueden llegar a prescindir de condicionantes sociales. Sin embargo, la última vertiente sociocultural es definida por González en una línea funcionalista, con lo que, aun reconociendo un carácter social para los estereotipos, se los conduce a una comprensión que desconoce el carácter histórico y político del racismo, que permitirían ver el estereotipo no como una función que ayuda al individuo a ajustarse a normas, sino como el mecanismo de poder que subsume a los individuos al orden.

En línea con lo anterior, cabe reconocer que de la totalidad de los estudios analizados (70) se pudo distinguir que 34 de los artículos definen los estereotipos siguiendo una definición de orden sociocultural, mientras que 30 provienen de una matriz sociocognitiva. En el marco de estos últimos distinguimos 22 artículos que se ciñen a una perspectiva más bien psicológica, y 8 a una perspectiva psicosocial. Finalmente, en 6 artículos no se da cuenta del enfoque utilizado, y ninguno se inscribe en una matriz psicoanalítica.

Cano (1993) ha señalado que los orígenes teóricos del concepto de estereotipo deben ser buscados en tres autores o referencias bibliográficas relevantes durante las primeras décadas del siglo XX: “La opinión pública” de W. Lippman en 1922, “La personalidad autoritaria” de Adorno et al. en 1950 y “La naturaleza del prejuicio” de Gordon Allport en 1954. Lippman habría introducido el concepto y una variedad de ideas y suposiciones respecto a este, más que una línea de trabajo teórico o empírico (p. 136). También se le atribuye la concepción negativa del estereotipo, que el uso posterior ha designado como una “patología” o un “error”, ligándolo a la idea de prejuicio. Tanto Mackie (1973) como Cano (1993) han señalado que estudios posteriores sobre estereotipos carecieron de un análisis respecto a su definición, haciendo operativo el concepto para su medición a partir de la idea de “imagen mental”. Cano atribuye a estos estudios el que los contenidos de los estereotipos sean entendidos como rasgos de la personalidad (pp. 137-138). Mientras, la obra de Adorno consistió en un estudio empírico y teórico sobre las condiciones en que las personas adherían con facilidad a sentimientos nacionalistas e ideas fascistas. Allí, el estereotipo es una manifestación de la personalidad autoritaria percibida como síndrome. Así, los estereotipos dependen de la personalidad de quienes estereotipan a otros,

y no de quienes son estereotipados, con lo que los estereotipos resultan ser contenidos abstractos y rígidos. Cano (1993) sintetiza la propuesta de Adorno señalando que el estereotipo simplifica y clarifica la realidad, ya que cumple una función cognitiva con finalidad fundamentalmente emotiva: “contribuir a estabilizar ciertos tipos de personalidad enferma” (p. 58). La llamada “perspectiva psicodinámica del estereotipo” desarrollada por Adorno cayó en desuso a partir de la década siguiente.

El trabajo sobre el estereotipo de G.W. Allport, contemporáneo a Adorno, define el concepto como creencias o ideas erradas atribuidas a una categoría que quedaría en desajuste con la realidad y que sería inalterable por la experiencia. Así, el estereotipo es el componente cognitivo del prejuicio. La falsedad del estereotipo es señalada por el autor de manera enfática, buscando distanciarse de la ambigüedad de la obra de Lippman. A medida que avanzó el último cuarto del siglo XX, el concepto de estereotipo se desarrolló con mayor fuerza desde la corriente cognitivista. A partir de finales de 1960 se reconoce como hito el trabajo de Tajfel, quien toma distancia del psicoanálisis y de los enfoques biologicistas para explicar las conductas sociales (Cano, 1993, p. 172). A pesar de las inquietudes de Tajfel por lo social en relación a lo cognitivo, posteriormente se usó su trabajo para fomentar una corriente estrictamente cognitivista en detrimento de lo social, neutralizando y despojando el estereotipo de elementos de su desarrollo temprano, y haciendo de él parte del funcionamiento normal de los procesos cognitivos. En esta línea, Fiske¹, quien fue la autora más citada en los estudios revisados, ha limitado el estereotipo a un contenido cognitivo o un mecanismo clasificatorio y compensatorio propio del funcionamiento del cerebro humano, que debe ajustarse para conocer lo que le parece desconocido o ajeno (Cano, 1993). Pese a lo anterior, nos parece relevante que el concepto de estereotipo se elabore en consideración de los contextos históricos, sociales y políticos en los que emergen sus contenidos, pues, no obstante que los estereotipos puedan tener un registro cognitivo, la dimensión que evidencian de ser una forma de relación social puede y debe ser atendida en su especificidad.

Así, vemos que el concepto de estereotipo ha tenido diversos desarrollos, desde distintos enfoques disciplinares y con variadas definiciones, y en su decurso ha terminado por lograr una operación más bien abstracta y de

¹ Las referencias al trabajo de Susan Fiske son múltiples en los trabajos revisados. Se sugiere la revisión del artículo más citado en las investigaciones que estudiamos: Fiske, ST (1998). Estereotipos, prejuicios y discriminación. En DT Gilbert, ST Fiske y G. Lindzey (eds.), *El manual de psicología social* (pp. 357-411). McGraw-Hill.

aspiraciones universales, que pretende que este fenómeno no dependa también de condiciones sociales e históricas. Ante los peligros del psicologismo y el idealismo de las explicaciones sociales, Bourdieu propone el “principio de no-conciencia”: la realidad social no es aquello que nos representamos o los términos en que lo hacemos, sino un "sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan insertos" (Bourdieu et al., 2002, p. 34), y es eso lo que debe conocerse. Un uso crítico del concepto de estereotipo debe comenzar por reconocer y develar las condiciones históricas y sociales en que estas generalizaciones surgen, independientemente de la voluntad o creencias de cada persona. Así la teoría contribuye a la tarea a la que obliga la vigilancia epistemológica: distinguir la investigación científica, sistemática y rigurosa, de la sociología espontánea del sentido común.

Durkheim (2001) ha señalado que lo que se crea en la cabeza de cada persona proviene de la estructura y de la historia, de modo que lo específicamente social remite a formas de hacer, pensar y sentir, exteriores a los individuos y que ejercen coerción sobre ellos. Así, los hechos sociales no dependen de los individuos, y los estereotipos pueden verse como hechos sociales. Con esto no se busca negar que haya otros campos para estudiar fenómenos similares a la estereotipia, pero este concepto remite y se observa en una dimensión interaccional que es social antes que psíquica. En esta misma línea, el trabajo de Weber (1973), pese a inscribirse en el individualismo metodológico, insiste en que la sociología comprensiva busca regularidades en las acciones recíprocas, las que pueden ser interpretadas vía comprensión, mientras que los procesos psíquicos -como la memoria o la intelección- no necesariamente son acciones sociales, y solo son comprensibles “en parte”. Aun si estos elementos psíquicos conforman con otros una acción social, no son elementos que la sociología deba atender, pues son solo “condiciones’ y ‘consecuencias’ respecto de las cuales se orienta la acción provista de sentido” (p. 179), ya que una acción social puede provenir de diversos rasgos psicofisiológicos sin que estos sean elementos determinantes para la comprensión sociológica de las regularidades de las acciones sociales, esta comprensión solo la provee el sentido.

Cabe cuestionar, finalmente, si el estereotipo tiene efectivamente un lazo real con lo que designa negativamente o si es más bien una creencia que aparece como *doxa*, sin un enganche en lo real en tanto que estereotipo, sino que en tanto da cuenta de una relación social de poder. El estereotipo siempre está asociado a clases de individuos, grupos u objetos, que son concebidos de antemano en virtud, por ejemplo, de procesos históricos de colonización y desposesión, con lo que reproducen sin problematizar estas relaciones sociales de poder. Así, acusar a las personas migrantes de ser

“pobres” y hacer de la pobreza una característica de las personas migrantes, es ocultar los procesos reales de empobrecimiento que han producido dicha situación. De este modo, se nombra una relación que incurre en un proceso de clasificación arbitraria del otro, tratándose por lo tanto de un concepto sociológico. En ese sentido, las insuficiencias del uso del concepto de estereotipo tienen relación con no atender las condiciones objetivas que llevan a las personas a la estereotipia racista en los artículos abordados, cuestión que, como veremos, solo se puede hacer atendiendo a los componentes históricos y políticos que hacen parte de dichos procesos, de manera que el racismo, como relación objetiva, no pase desapercibido.

Análisis de la perspectiva histórica de los estudios

Como hemos dicho, para iniciar una crítica del concepto de estereotipo, en miras a su elaboración como una categoría situada y concreta, es imprescindible emprender una historia que no se concentre en el desarrollo del concepto como se si tratase de una forma que se despliega, complica y afina en el tiempo, sino una crítica que revele las condiciones reales en que emergen tanto la forma como los contenidos del concepto de estereotipo. Como se mostró antes, la literatura reconoce tres líneas de trabajo en diferentes disciplinas o campos teóricos, todos desarrollados desde la primera mitad del siglo XX en el contexto de entreguerra de las potencias mundiales y de ascenso de ideologías nacionalistas y fascistas, con lo que la discriminación racial y el odio contra las llamadas “minorías raciales” estuvieron desde el comienzo en el corazón de la historia del estereotipo. La atención al contexto de emergencia y desarrollo situado del concepto es, por lo tanto, una tarea imprescindible para su crítica.

Sin duda, lo anterior comportaría una tarea que excede las posibilidades de este escrito. Sin embargo, en aras de iniciar reflexiones conducentes a una crítica histórica del estereotipo podemos detenernos a esbozar algunos aspectos elementales a revisar, particularmente, la existencia de estudios sobre la estereotipia racista que hunden sus raíces en las relaciones económico-políticas que comienzan con la conquista de América y la trata transatlántica de esclavos africanos², de donde emergen la forma y conte-

² Cabe destacar que desde finales del siglo XVIII, a medida que los intereses capitalistas ingleses se centraron en explotar el territorio africano y por lo tanto evitar que se fuese sacada la mano de obra local, la empresa esclavista buscó en otros lugares nuevas poblaciones para explotar en la industria agroexportadora instalada en América Central y Meridional.

nidos de los estereotipos racistas, y que por ello no pueden ser pasadas por alto. En segundo lugar, cabe decir algo de la inercia y amnesia institucional que pueden explicar que los estudios académicos revisados no reparen en el punto anterior, reproduciendo y naturalizando aquello que podría ser criticado.

En los artículos se identificaron cuatro perspectivas históricas desde las que se emprendieron los estudios: 7 artículos se detienen en una revisión o fundamentación histórico-local de la problemática estudiada y de los estereotipos, como guerras o intento de unificación o independencia entre países; 17 trabajos sitúan como contexto acontecimientos actuales como las migraciones contemporáneas o conflictos coyunturales; y 16 artículos dan cuenta de elementos sociales estructurales para justificar la relevancia del artículo, como la existencia de un racismo histórico. Finalmente, los 30 artículos restantes no dan cuenta de ningún contexto que fundamente la realización de las investigaciones, es decir, no repararon en las relaciones históricas o las situaciones coyunturales de los territorios estudiados. Preocupa que la producción histórica, tanto del contenido de los estereotipos como de la forma con que se produce la categoría misma de estereotipo, no sea suficientemente profundizada, pues, sobre todo cuando el concepto es usado psicológica y cognitivamente, es a la vez vaciado de sus componentes políticos y relacionales, que a continuación quisiéramos subrayar.

La tradición del *Black Marxism* ha sabido develar cómo la acumulación capitalista y el desarrollo de la moral y política liberales se han sostenido sobre una relación de explotación que fue codificada en términos de “raza”. Robinson (2019) nos muestra que, pese a que el racismo preexiste al contacto de Europa con África y América, es solo tras este contacto que el racismo se imbrica con las relaciones económico-políticas del modo de producción capitalista, tomando la forma específica que se sigue desarrollando hoy. Particularmente, Rodney (1982) señalará que es tras la esclavitud y exterminio de indígenas americanos y de africanos que surge el racismo en su forma más contemporánea, pues “ningún pueblo puede esclavizar a otro durante siglos sin alimentar un sentimiento de superioridad” (p. 55). Finalmente, Williams (2011) muestra cómo es que la esclavitud de africanos y afrodescendientes no surgió de una transformación cultural o moral de las burguesías europeas y americanas, sino de una transformación económica en el mercado que hacía más rentable el trabajo asalariado.

Lo anterior nos recuerda que la imagen que un grupo se hace de otro no emerge ni como mera generalización, ni como una apreciación fallida de rasgos reales. Así, antes que una función social de identificación del

propio grupo o de otro, y antes que como rendimiento cognitivo, la construcción que hace estereotipos del otro responde a las diferentes condiciones sociales, y por lo tanto, a las relaciones de poder que producen formas particulares de subjetivación (Foucault, 1988). Estas relaciones de poder se han sostenido, concretamente, en el reparto económico-político de los distintos grupos (Marx, 2008) y en la cultura y tradición racista arrastrada por siglos (Tijoux y Díaz, 2014). De este modo, cabe recordar la crítica al funcionalismo que realizaron Adorno y Horkheimer (1998), para sostener que, con su uso acrítico, los estereotipos toman “el aspecto de fetiches. Su contenido, la repetición de la naturaleza, se revela a continuación siempre como la permanencia, por ellos representada, de la coacción social” (p. 75) haciendo que aquello que se quiere presentar como científico no sea más que signo de dominación.

Esta crítica alcanza tanto a la forma del concepto estereotipo –pues este puede concebirse más allá de sus formulaciones psicoanalíticas, sociocognitivas y socioculturales–, como a los contenidos con que se caracterizan los estereotipos de los distintos grupos que las investigaciones identificaron –ya que esa construcción no emerge tanto de rasgos o generalizaciones, como de posiciones relativas en una estructura económico, política, cultural e histórica de poder, que deben ser atendidas empíricamente, y caso por caso.

Y esto, si bien ha sido hecho, sigue siendo enterrado bajo la inercia de cierta investigación académica. Así quedan olvidados trabajos como los de Anténor Firmin, intelectual haitiano que publica *De la igualdad de las razas humanas* en 1885, reaccionando contra la obra de Gobineau, quien llegara a ser referente del nazismo. Para Firmin, el racismo no era sino un conjunto de supersticiones. Además de investigar, Firmin luchó por la integridad de la primera república negra, libre e independiente, oponiéndose al intervencionismo armado de Estados Unidos. Tras su estela encontramos a Herskovits (1941), antropólogo social que acusó a la academia de considerar a las personas negras como inferiores biológica y culturalmente, reproduciendo estereotipos añejos al no indagar más sobre la historia de estas personas para desnaturalizar las generalizaciones. En la misma línea, cabe recordar el caso de William Du Bois, intelectual y activista por los derechos civiles y políticos de la población afroamericana, quien pese a ser crítico de Herskovits, supo reconocer el valor de su trabajo, que establecía un antes y un después en la investigación en ciencias sociales respecto al lugar que ocupan las personas negras en las sociedades americanas, repensando los estereotipos en toda su fuerza moral.

Debemos considerar también, en Latinoamérica, la existencia de una intelectualidad crítica ligada tanto a estudios afrodescendientes como indígenas. Un ejemplo de estos son los estudios afrocolombianos iniciados en la década de 1970, los que se plantearon la cuestión del olvido de las trayectorias de los esclavos negros en la sociedad colombiana. Una de sus pioneras, Nina S. Friedmann planteó el doble concepto de “invisibilidad-estereotipia” para comprender “los efectos del pensamiento racial en el desconocimiento de la presencia y de los aportes de estas poblaciones a la construcción de la nación” (como se citó en Restrepo, 2016, p. 167). Para la autora, la invisibilidad es “una estrategia de dominio” que “se ha proyectado en tiempo y espacio a lo largo de casi cinco siglos” (Friedmann, 1984, p. 510, como se citó en Restrepo, 2016, p. 168), que se expresaría en la continua negación de la historia y presencia de lo africano en las sociedades latinoamericanas. En esta misma línea, cabe subrayar el trabajo de Silvia Rivera Cusicanqui (2018), quien destaca a la intelectualidad indígena olvidada y denuncia la insuficiencia de la crítica poscolonial en las universidades del norte global (Rivera Cusicanqui, 2010; ver también, sobre esta cuestión, Zapata, 2018). Para el caso chileno, podemos ver tanto en el imaginario colonial como en el imaginario estatal-nacional (Tijoux y Díaz, 2014) la construcción de un otro peligroso cuya exclusión sería necesaria para el cuidado del “nosotros” chileno. Cuando se trata de fenómenos de apariencia novedosa, como las migraciones contemporáneas, una perspectiva sociológica y crítica de los estereotipos puede facilitar el estudio de las condiciones reales de su emergencia y de las relaciones sociales objetivas en que surgen, para de este modo hacer de los estereotipos un elemento comprensivo en el marco de los estudios sobre el racismo.

Análisis de la metodología utilizada para conocer estereotipos

Finalmente, cabe detenernos en una crítica al metodologismo. Si el trabajo conceptual no es suficiente, la definición de métodos que reproducen hallazgos previos o no analizan los discursos para ceñirse a los estereotipos que el sentido común dice o no tener, no logra sobrepasar el estado de la sociología espontánea, y el método, vuelto metodologismo, se presenta como un nuevo obstáculo epistemológico, pues

en lugar de preguntarse, por ejemplo, sobre el objeto de la medición, sobre el grado de precisión deseable y legítimo según las condiciones particulares de la misma, o determinar, más simplemente, si los instru-

mentos miden lo que se desea medir, es posible, arrastrados por el deseo de acuñar en tareas realizables la idea pura del rigor metodológico, perseguir, en una obsesión por el decimal, el ideal contradictorio de una precisión definible intrínsecamente. (Bourdieu et al., 2002, p. 22)

El recurso al método como una receta de éxito investigativo puede hacer que la investigación descuide las otras dimensiones de las que depende. Bourdieu et al. (2002) acusa que esta suerte de “hiperempirismo” descansa sobre una confianza acrítica en el sentido común o en la tradición que termina por hacer universales y transhistóricas algunas categorías que deben considerarse como parciales e históricamente situadas, como venimos sosteniendo.

Un ejemplo de ello podría esgrimirse en los resultados de la búsqueda bibliográfica respecto a las metodologías utilizadas para llevar a cabo los estudios sobre estereotipos. De los 70 artículos, 32 registraron una metodología cuantitativa, 22 una metodología cualitativa y 16 utilizaron metodología mixta. En aquellos artículos que se recurrió a metodologías cuantitativas, se utilizó por instrumento principalmente la encuesta o cuestionario (30). Este instrumento se utilizó en su mayoría para conocer estereotipos a través de escalas de medición, donde los tipos de estereotipos eran previamente definidos. A su vez, muchas de estas escalas provenían de estudios cuantitativos previos que estandarizan la medición de los estereotipos. Estos instrumentos generalmente utilizaban escalas predefinidas en estudios anteriores para aplicarlas de manera mecánica en un caso particular y en un contexto distinto al del estudio original. Por otro lado, en aquellos artículos que utilizaron metodología cualitativa se utilizaron por instrumento en su mayoría los focus group (11) y las entrevistas semiestructuradas (7). De todos estos se destaca la ausencia de estereotipos predefinidos que se pudieran asociar con una población en particular, aunque esto no evita los riesgos de caer en el metodologismo, pues si las categorías de análisis de la entrevista fuesen totalmente inductivas, aun se le concede al entrevistado la definición del estereotipo sin realizar una evaluación crítica de este, con lo que los métodos cualitativos pueden también incidir en formas de metodologismo e hiperempirismo cuando el concepto que investigan no resulta de, ni conduce a, una discusión teórica crítica guiada por el rol del investigador/a, sino que termina surgiendo de lo que Bourdieu llama una sociología espontánea.

Este riesgo puede caracterizar principalmente las investigaciones que adscriban a una matriz positivista y al recurso a metodologías cuantitativas. Los rasgos centrales de las filosofías positivistas se relacionan con la

actitud fenomenalista para la cual no es posible distinguir entre un fenómeno observado y su “esencia”, de manera que solo queda relacionarse con los conceptos al modo nominalista y verificacionalista: los conceptos son solo palabras y su único valor se juega en ser verificados empíricamente (Kolakowski, 1981). Esto da pie a que la ciencia se agote en una discusión sobre métodos que busquen distinguir las operaciones que caracterizan un concepto, y a que la ciencia sostenga que puede asumir una posición neutral ante los objetos que estudia.

El fenomenalismo tras el metodologismo positivista termina por “despojar a la teoría de su función primordial, que es la de asegurar la ruptura epistemológica” (Bourdieu et al., 2002, p. 50), pues conduce a una discusión que olvida la función que las teorías pueden tener incluso en la producción/ identificación de problemas que serán considerados tales. Con esto, se cede al sentido común y a la sociología espontánea, limitándose la investigación a corroborar lugares comunes. De allí que el operacionalismo no resulte necesariamente en un ejercicio de calibración conceptual, sino en los métodos que hacen que una noción común pueda volverse observable en entrevistas y encuestas. El problema, nuevamente, es que en este caso no se logra una ruptura epistemológica respecto del sentido común. Así, las encuestas y los cuestionarios semiestructurados de acuerdo con categorías deducidas de una noción de estereotipo insuficientemente criticada conducen a sistematizar la sociología espontánea del sentido común o de la tradición, y no al descubrimiento de las relaciones sociales objetivas que subyacen a los estereotipos.

Lo anterior supone un problema ético-político. Cabe recordar la crítica que Husserl (2008) ha hecho al positivismo que reduce todo a “hechos”, en lo que para él constituye una crisis de las ciencias. Esta crisis no consiste en que la ciencia no tenga éxitos teóricos, prácticos, predictivos y utilitarios, sino en su desvinculación respecto de nuestra existencia real: “esta ciencia no tiene nada que decirnos” (p. 50), pues las preguntas que “concernen finalmente a los seres humanos en sus comportamientos respecto del mundo circundante humano y extrahumano” (Husserl, 2008, p. 50) son dejadas de lado. Para Husserl, el fracaso de la ciencia es su incapacidad de interrogar al propio concepto de humanidad y de razón, que son antes proyectos históricos que datos naturales. Es en ese marco de “olvido” que se entiende la renuncia a cualquier toma de posición valorativa por parte del metodologismo. Al olvidar que la ciencia y sus objetos son históricos y políticos, y al corroborar el sentido común, el uso acrítico de la noción de estereotipo se pretende objetivo a la vez que neutral, y otorga como prueba de aquello su empiria.

Sin embargo, la empiria y la crítica no están disociadas. Marcuse (1968) ha señalado que su investigación conjuga un *a priori* que es valorativo, a saber: “la vida humana [...] puede ser y debe ser hecha digna de vivirse” (pp. 20-21); con un análisis que debe indagar las posibilidades reales del mejoramiento de la vida humana: “El análisis crítico tiene que demostrar la validez objetiva de estos juicios [sobre el mejoramiento de la vida humana], y la demostración tiene que realizarse sobre bases empíricas” (p. 21). La articulación de un *a priori* valorativo y una demanda de investigación científica empírica es el resultado de la interrogación crítica del quehacer científico, que termina por reconocer que incluso las preguntas con que investigamos tienen como condición de posibilidad un momento histórico, político y social específico. Es de este modo que la crítica viene a corresponder al principio de no-conciencia: el *a priori* valorativo reconoce la posición de quien investiga en el marco de las relaciones sociales objetivas que serán descritas y comprendidas.

Así, es relevante señalar que la mayoría de las producciones fueron realizadas en instituciones del “primer mundo”, por un lado, en Estados Unidos, donde la preocupación se centra en los estereotipos sobre las categorías de “asiáticos” o “afrodescendientes³”, en menor medida sobre “inmigrantes” y “latinos”; y por otro, en Europa, donde se evidenció una preocupación por los estereotipos principalmente de inmigrantes y refugiados, en menor medida “afrodescendientes” y “latinos”. En los trabajos realizados en América Latina y el Caribe, la preocupación estuvo colocada en los estereotipos de afrodescendientes, personas de la misma región latinoamericana y caribeña y de pueblos indígenas. Finalmente, el grupo de personas caucásicas fue un recurso de comparación ampliamente utilizado en los artículos de casi todas las regiones geográficas analizadas, pero principalmente de Norteamérica.

Cabe destacar la ambigüedad de lo que se nombra bajo estas categorías como “latino”, “asiático” y “afrodescendiente”, las cuales son opuestas en estas mismas publicaciones a lo “blanco” o “caucásico” identificado con los orígenes norteamericano y europeo. Pareciera que estas categorías abstractas sirven principalmente para diferenciar el norte global, considerado como “civilización”, de los grupos que están puestos en sus márgenes, casi

³ Para efectos del presente artículo, se decidió utilizar la categoría “afrodescendiente”. Sin embargo, se debe señalar que los estudios producidos en Estados Unidos utilizaron la categoría “negro”, al tiempo que los estudios realizados en Europa o América Latina utilizaron las categorías “africanos” y “afrodescendientes”, respectivamente.

olvidados de los mapas de las repúblicas que nacen liberándose del colonialismo geopolítico en los siglos XIX y XX, donde se agrupa a sociedades y culturas muy distintas bajo un nombre que solo sirve para diferenciar al bárbaro del civilizado. Es el caso de la “latinidad” en el estudio de Mignolo (2007), que sirve a la vez como identificación de los grupos criollos independentistas durante el siglo XIX, y a la prolongación de la colonialidad hasta el presente. La producción de “razas” –que puede advertirse cuando se reduce a la persona a su lugar de proveniencia, como si aquello constituyera un dato moral– es producto del racismo, es decir de prácticas y de representaciones que terminan banalizando el término al punto de hacerlo parte del *habitus*. Pues, como señalan Tijoux y Díaz (2014), el *habitus* como “disposición permanente incorporada por socialización [...] sedimentada en la materialidad de la memoria y la constancia de las prácticas” (p. 307) permite entender que los estereotipos racistas operan “como una imagen que designa atributos que categorizan y determinan formas de representación colectiva simplificadoras, aplicables a individuos y a grupos determinados y que son las que orientan el trato práctico y declarativo respecto de tales individuos y grupos” (p. 307). Así, la reproducción de estereotipos siguiendo al sentido común, o a la tradición académica, no es superada mediante el metodologismo, sino que esto hace correr el riesgo de legitimar, “científicamente”, los estereotipos racistas como algo dado antes que como algo que se llega a producir.

REFLEXIONES FINALES: EN TORNO AL RACISMO ACADÉMICO

Cuando la investigación no insiste en la vigilancia epistemológica y en la crítica simultánea de la teoría, la epistemología y la metodología, el riesgo no es solo la ausencia de comprensión de lo que se quiere estudiar, sino que, en el caso de los estereotipos racistas, emerge el problema de que la propia investigación contribuya a naturalizar el racismo. La revisión realizada llama la atención sobre la inercia de la investigación académica que, sin vigilar sus teorías ni métodos, “olvida” que para la crítica de los conceptos a utilizar ya han sido dados los primeros pasos. El esfuerzo por terminar con el racismo institucional en las universidades se ha encaminado, generalmente, a erradicar obstáculos formales que sufren personas racializadas en su ingreso a la educación superior, como promover vías de entrada especial o medidas antidiscriminatorias. Pero estas medidas no son suficientes: las brechas de acceso siguen existiendo debido a la posición desventajada de

las personas racializadas en la sociedad, así como los procesos de aculturación que viven estas personas racializadas al interior de las instituciones de educación superior (Navarrete, 2020, p. 10; Cervantes Anangón y Tuaza Castro, 2021 p. 39). Asimismo, lo podemos ver en América Latina, donde, como señala Mato (2021), el racismo está naturalizado en los sistemas educativos, particularmente en las universidades que forman profesionales y técnicos acríticos hacia las diversas modalidades del racismo, produciendo graduados que “participan en la reproducción y naturalización del racismo en toda la sociedad” (p. 6).

Además, el racismo no se circunscribe únicamente a la presencia o ausencia de grupos desventajados socialmente por cuestiones raciales, sino que también al eurocentrismo y a la arista civilizatoria que las instituciones universitarias aún promueven, dejando de lado las epistemologías y las historias de los pueblos que quedaron al margen de las repúblicas liberales del siglo XIX. Mato (2021) señala: “los estados coloniales y poscoloniales han utilizado la educación como un medio para afirmar y legitimar su dominio sobre los pueblos indígenas y afrodescendientes” (p. 2), mientras Andrews (2020) advierte que descolonizar los currículos universitarios requiere “escuchar a los que han luchado y siguen luchando por la liberación” (p. 706), superando los límites del “nacionalismo metodológico”.

Así, los estereotipos no dan cuenta de los grupos a los que dicen describir, sino que señalan aquello que la norma moral incorpora a los sujetos a partir de la rutina, de la vida cotidiana, denotando antes la construcción de una distinción política que una imagen mental. De allí que su explicación y su transformación obliguen a ir más lejos, hasta alcanzar la descripción y comprensión de las relaciones sociales que subyacen en la posibilidad de la estereotipia, como por ejemplo el problema del racismo. Por ello, para comprender los estereotipos racistas y los procesos de racialización que subyacen se debe interrogar a la historia. La racialización está fraguada en la historia del colonialismo, cuando, por ejemplo, la empresa esclavista –tanto en el caso de la esclavitud indígena en América (Ambiado, Veloso y Tijoux, 2022), como de la trata transatlántica desde África– forjó un grupo inferior o infrahumano que estaba destinado a ser dominado para el servicio de los superiores. La colonialidad de las relaciones sociales se ha prolongado desde ese momento hasta el presente, afectando no solo a quienes descienden de población esclavizada, sino en general a quienes no corresponden al ideal del hombre blanco. Así los estereotipos son manejados para halagar o para denostar a quienes terminan siendo víctimas de una racialización que opera cotidianamente. La alteridad que está en acto se aprende, se significa y se incorpora.

Cabe destacar que, a diferencia del escenario científico del siglo XX, hoy la agenda de investigación actual ha colocado a los sujetos racializados, particularmente en el caso de la migración, en el centro de sus preocupaciones investigativas, volviéndose un recurrente objeto de estudio, así como el eje de atención de diversos centros, grupos y proyectos de investigación. Sin embargo, este creciente interés no se ha hecho cargo de las denuncias y advertencias ya realizadas en el siglo anterior respecto a los peligros del racismo en el campo académico, y que autores como Firmin, Du Bois, Friedman, Cusicanqui, Restrepo y Mato nos recuerdan en sus escritos. No basta con “hacer visible” o “dar voz” al racializado, se vuelve necesario ir a cuestionar en los cimientos mismos de la investigación social, en las relaciones entre investigador/a y persona investigada, en los usos y abusos de los conocimientos científicos y en los lazos éticos que supone toda relación de investigación con sujetos que portan el sufrimiento social.

Quisiéramos contribuir a esta discusión señalando que no solo se trata de operaciones o mecanismos de invisibilización, negación u omisión de la historia y cosmovisiones de los pueblos, así como también de la negación u omisión de sus desventajas acumuladas históricamente, sino que además de la persistente acción de las universidades y sus equipos de investigación en construir a las personas racializadas en sus objetos de estudio sin incorporar una mirada crítica en dicha operación. En otras palabras, el uso del concepto de “estereotipo”, al no ser criticado, no alcanza a separarse, epistemológicamente, del sentido común, con lo que la investigación revisada lo que hace es reproducir el racismo que diagnostica entre estudiantes universitarios, antes que comprender el fenómeno. Como se ha señalado con Bourdieu et al. (2002), precisamente por recurrir de manera acrítica a una tradición teórica y a técnicas metodológicas que se suponen epistemológicamente neutrales, el ejercicio sociológico termina por constituirse como una “sociología espontánea”. Así, cabe preguntarse hasta qué punto el uso de conceptos como estereotipo termina por consolidar aún más la racialización de los sujetos que nombra y por tanto a darle más fuerza moral a dichos estereotipos, en particular cuando las investigaciones no consideran elementos sociohistóricos relevantes para comprender las trayectorias de dichos grupos. Si la investigación científica no construye rigurosa y críticamente sus objetos, corre el riesgo de dejar de ser un ejercicio de comprensión para volverse una operación de reproducción del sentido común y, en este caso, del racismo.

REFERENCIAS

- Adorno, Th. y Horkheimer, M. (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trotta.
- Ambiado, C., Veloso, V., y Tijoux, M. E. (2022). ¿Trabajo sin libertad en Chile? Migrantes entre el racismo, la violencia y la dependencia. *Andamios*, 19(48), 161-181. <http://dx.doi.org/10.29092/uacm.v19i48.899>
- Andrews, K. (2020). Blackness, Empire and migration: How Black Studies transforms the curriculum. *Area*, 52(4), 701-707. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/area.12528>
- Balibar, E. (1991a). ¿Existe un neoracismo? En I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, Nación y Clase* (pp. 31-48). Iepala.
- Balibar, E. (1991b). Racismo y nacionalismo. En I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, Nación y Clase* (pp. 63-109). Iepala.
- Beltrán, O. (2005). Revisiones sistemáticas de la literatura. *Revista Colombiana de Gastroenterología*, 20(1), 60-69.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C., y Passeron, J. C. (2002). *El oficio de sociólogo: Presupuestos epistemológicos*. Siglo Veintiuno Editores.
- Cano, J. (1993). Los estereotipos sociales: el proceso de perpetuación a través de la memoria selectiva [tesis Universidad Complutense de Madrid. Colección Tesis Doctorales N 228/93].
- Cervantes Anangón, M. y Tuaza Castro, L. (2021). Racismo y universidades en el Ecuador. *Universidades*, 72(87), 35-50.
- Durkheim, E. (2001). *Las reglas del método sociológico*. Fondo de Cultura Económica.
- Espinosa, A. y Cueto, R.M. (2014). Estereotipos raciales, racismo y discriminación en América Latina. En E. Zubieta, J.F. Valencia y G. Delfino (coords.), *Psicología social y política. Procesos teóricos y estudios aplicados* (pp. 431-442). Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba).
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3-20. <http://www.jstor.org/stable/3540551>
- González, B. (1999). Los estereotipos como factor de socialización en el género. *Comunicar*, 12, 79-88, <https://www.redalyc.org/pdf/158/15801212.pdf>
- Herskovits, M. (1941). *The Myth of the Negro Past*. Harper and Brothers.
- Higgins, J.P.T. y Green, S. (2011). *Manual Cochrane de revisiones sistemáticas de intervenciones*. Versión 5.1.0. Centro Cochrane Iberoamericano.
- Horkheimer, M. (2003). Teoría tradicional y teoría crítica. *Teoría crítica* (pp. 223-271). Amorrortu.
- Husserl, E. (2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Prometeo Libros.
- Katz, D., & Braly, K. (1933). Racial stereotypes of one hundred college students. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 28, 280-290.
- Kolakowski, L. (1981). *La filosofía positivista. Ciencia y filosofía*. Cátedra.

- Le Breton, D. (2021). Del discurso racista al odio sensorial del Otro. *Cuerpos enigmáticos: variaciones* (pp. 55-95). Lom.
- Lippmann, W. (1965). *Public opinion*. (Réed.). Free Press.
- Mackie, M. (1973). Arriving at Truth by Definition: Case of Stereotype Innacuracy. *Social Problems*, 20, 431-447.
- Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional*. Seix Barral.
- Marx, K. (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI.
- Mato, D. (2021). Presentación Dossier. Hacia la erradicación del racismo en la Educación Superior: tensiones y desafíos. *Integración y Conocimiento*, 10(2), 5-12.
- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa.
- Navarrete, F. (2020). La blanquitud y la blancura, cumbre del racismo mexicano. *Revista de la Universidad de México*, 8, 7-12.
- Pennington, Ch., Heim, D., Levy, A. & Larkin, D. (2016). Twenty Years of Stereotype Threat Research: A Review of Psychological Mediators. *PLOS ONE*, 11(1). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0146487>
- Restrepo, E. (2016). “Estudios afrocolombianos” en la antropología: tres décadas después. En J. Tocancipá-Falla (comp.). *Antropologías en Colombia: Tendencias y debates* (pp. 167-218). Universidad del Cauca.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax Utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tintalimón.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Tintalimón.
- Robinson, C. (2019). *Marxismo negro. La formación de la tradición radical negra*. Traficantes de Sueños.
- Rodney, W. (1982). *De cómo Europa subdesarrolló a África*. Siglo XXI.
- Taguieff, P.A. (2008). Figures de la pensée raciale. *Cités*, 36(4), 173-197.
- Tijoux, M. E. y Díaz, G. (2014). Inmigrantes, los “nuevos bárbaros” en la gramática biopolítica de los estados contemporáneos. *Quadranti – Rivista Internazionale di Filosofia Contemporanea*, 2(1), 283-309. <https://www.rivistaquadranti.eu/riviste/02/Tijoux&Letelier.pdf>
- Torres-Fonseca, A. y López-Hernández, D. (2014). Criterios para publicar artículos de revisión sistemática. *Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas*, 19(3), 393-399.
- Weber, M. (1973). Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva. *Ensayos sobre metodología sociológica* (pp. 175-221). Amorrortu.
- Williams, E. (2011). *Capitalismo y esclavitud*. Traficantes de Sueños.
- Zapata, C. (2018). El giro decolonial. Consideraciones críticas desde América Latina. *Pléyade*, 21, 49-71. <https://dx.doi.org/10.4067/S0719-36962018000100049>